



Siddhartha en jaula de oro

Luisa Ulibarri
Crítica de teatro

Hay un momento en la novela **Siddhartha** de Hermann Hesse donde el protagonista, dormido en casa de su amante Kamala, sueña que el pájaro encerrado en una jaula de oro ha muerto y, para Siddhartha, ésa es razón suficiente para dejarlo libre e irse él también, prosiguiendo el viaje en busca de la felicidad y de la paz.

La cantidad de moralejas, de reflexiones filosóficas y la grandeza espiritual y mística de esta novela, publicada en 1922, hacen de ella un verdadero evangelio y un leit-motiv considerable para quienes quieren recuperar esa reflexión acerca de la travesía interior que experimentan muchos seres humanos para lograr la salvación en esta —a veces— despiadada sociedad en que vivimos.

Es probable que Claudia Echenique (**Cariño malo; Malinche**) sucumbiera a las revelaciones —necesarias siempre— de **Siddhartha** y quisiera rescatarlas a través de la magia escénica. Ella misma señala que, desde que cursaba el post-título en dirección en la Escuela de Teatro, tenía el deseo de *montar un cuento oriental con muñecas*, como fuera el montaje de su tercera obra acometida en conjunto con Inés Stranger y estrenada en julio de este año.

La propuesta, de destacables y acertados efectos visuales y sonoros, hace no obstante recordar el sueño de Siddhartha con el pájaro dormido en jaula de oro. El oro brilla, pero el pájaro no vive. Está ausente, lejos, muy lejos de su envoltura noble y a ratos conmovedora en su belleza estética y beatíficamente quieta. La historia queda, fragmentaria e incompleta —alada, casi mági-

ca en nuestro oído y retina— sin que la profundidad de su argumento y el sentido de sus protagonistas se complete en una propuesta actoral, de emociones, de tensión escénica, además de activo fluir y movimiento, que es el que propone el viaje de Siddhartha.

Con el sol de la orilla del río

Hijo de brahmán, *crecido con el sol de la orilla del río, junto a las barcas, en lo umbrío del bosque de sauces y de higueras*, Siddhartha es un poco Hesse, nacido de pastor protestante alemán y misionero en la India. Ambos hacen luchar el misticismo y la religiosidad con una abierta rebeldía ante la estrictez de la norma. Si Siddhartha huye de casa tras la senda de los ascetas samanas, de los maestros, de los comerciantes, de la cortesana y del discípulo de Buda, buscando respuestas, Hesse escapa del Seminario, donde lo ha enviado su padre para convertirlo en pastor protestante. Sus libros, publicados a partir de 1919 y devorados por generaciones de jóvenes, demuestran un feroz rechazo por la civilización de Occidente y sus guerras, y por un pensamiento que conquistó y dominó al mundo durante más de dos mil años. Muchos de ellos inspiraron a rockeros como Colin Wilson, quien bautizó a Hesse como el *outsider romántico*, y a Kurt Cobain, del grupo Nirvana.

Hesse fue el gurú de la generación de las flores, a fines de los 60, donde también comparecían los poetas beatniks y la escritura de Allen Ginsberg, Dylan Thomas, Jack Kerouac. El desencanto, en buenas cuentas.

No era de extrañar, entonces, que una dupla teatral bastante creativa, joven e innovadora, como son Claudia Echenique e Inés Margarita Stranger, tomara a **Siddhartha** en el escenario, desde la perspectiva experimental que reúne muñecos de proporciones humanas con actores (encarnan a más de 30 personajes), músicas interpretadas en vivo y a la vista, como lo hace Arianne Mnouchkine en el Théâtre du Soleil, una escenografía, vestuario e iluminación de tonos ocre, rojo, dorado, donde el elemento nuclear es el río, y una actuación de movimientos casi coreográficos, que generan un clima similar a esas obras de cámara donde cada detalle visual y auditivo es casi más protagónico que la tensión dramática de la historia.

La narración planteada en racconto y desde dos planos –Siddhartha y su amigo Govinda– extrae una

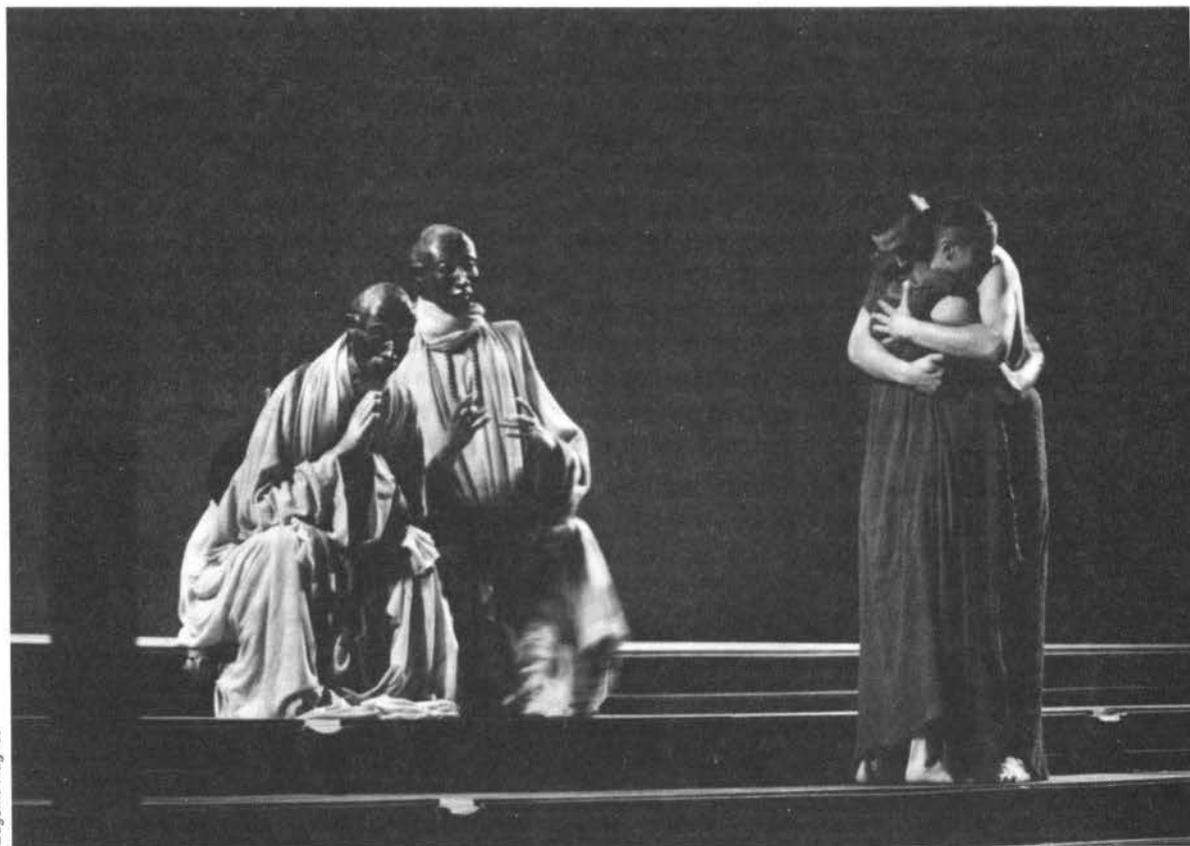
síntesis bastante apretada y esquemática del contenido de la novela. Las adaptadoras recorren los distintos tramos del viaje del protagonista, pero sin profundizar en sus relaciones reales ni en el contenido psicológico de algunas situaciones y personajes.

Encontrar es estar libre, no necesitar un fin

Por ejemplo, el encuentro de Siddhartha y el mundo del comercio es interesante justamente debido al contrapunto entre la ansiedad de los comerciantes y la facilidad con que el hijo del brahmán acumula y acumula tesoros sin mayor esfuerzo. Pero el desapego de Siddhartha, primer antecedente de su revelación final, apenas queda vislumbrado en esta propuesta.

La relación con Kamala, planteada en este mon-

Claudia Celedón (Govinda) y Horacio Videla (Siddhartha) en el montaje del Teatro U.C.



taje sólo como el encuentro de dos amantes, prescinde de la profundidad y la complicidad establecida entre ambos, incluso de la información del hijo incubado antes de la partida, el reencuentro y la muerte. (*Tú eres Kamala, nada más; y dentro de ti hay un sosiego y un refugio donde puedes retirarte en cualquier momento, como yo puedo hacerlo.*)

Finalmente, tampoco queda muy claro en la puesta en escena el contenido central de esta novela, descrito y demostrado por el propio Siddhartha: *Cuando alguien busca, fácilmente puede ocurrir que su ojo sólo se fije en lo que busca; pero como no lo halla, tampoco deja entrar en su ser otra cosa, ya que únicamente piensa en lo que busca. Buscar significa tener un objetivo. Encontrar, sin embargo, significa estar libre, abierto, no necesitar ningún fin.*

Lo que Hesse sustenta aquí es que la sabiduría no es comunicable y que cuando llega, llega, sin tan desesperados intentos. El infortunio, también. Es cierto que la novela plantea un desafío actoral, puesto que es casi una reflexión interior y una búsqueda anunciada, de comienzo a fin. Pero no por ello, menos apasionante. En esas triadas creadas justamente por Mnouchkine (**Les Atrides**), verdaderas sagas épicas de la tragedia griega; o en la historia de la India **L'Indiade**, con más de cuatro horas de puesta en escena —y muchas voces, muchos protagonistas—, la directora y el elenco salen airoso al generar, desde el interior de los comediantes, el contrapunto de tensión dramática, homologando vistosa teatralidad pero no menos clímax en lo que se quiere comunicar. Eso es, al fin y al cabo, el sentido del arte escénico, que en este montaje queda lamentablemente debilitado.

Los actores y sus personajes a ratos desaparecen en función de la propuesta visual; la música (piezas clásicas de la India, compuestas por Cristián Crisosto, interpretadas en vivo por Millapol Gajardo y Arlette Jequier) invita al recogimiento, así como la escenografía, el vestuario de Pablo Núñez y la iluminación de Ramón López crean una atmósfera de estética cuidada e impecable.

El uso de muñecos a escala humana provoca impacto visual, pero también desconcierto. Luego de una tradición del teatro de máscara, o de los pequeños muñecos accionados con tanto acierto por el Odin Teatret de Eugenio Barba, de Dinamarca —estuvieron hace años en el mismo teatro de la Universidad Católica— la presencia de estas figuras algo distorsionadas y monstruosas en este **Siddhartha** agrega sólo exterioridad y efecto. Pareciera que, a falta de personajes teatrales, se hubiese optado aquí por un imaginario de magnetismo visual, pero donde a veces la cosa lúdica no funciona y la tramoya resulta demasiado evidente y poco funcional.

Para los jóvenes poco conocedores de Hermann Hesse y para los niños, la puesta en escena de Claudia Echenique e Inés Stranger equivale a un cuento contado con simpleza y poesía visual. Para quienes aman la cuidada y refinada estética al servicio de verdades orientales que nunca están de más, **Siddhartha** debió equivaler a un buen bálsamo en sus reflexiones y en su emocionante belleza. Pero tanto Hermann Hesse como **Siddhartha**, el teatro y las autoras de este montaje, merecían un trabajo de mayor profundización en una obra que, bien hecha, quizás habría estado entre las mejores y las más exportables propuestas del año teatral 1995.